

Caballero de Díaz, Marta Elena

La ciudad en Ovidio

XIII Simposio Nacional de Estudios Clásicos

19 al 23 de septiembre de 1994

*Caballero de Díaz, M. (1996). La ciudad en Ovidio. XIII Simposio Nacional de Estudios Clásicos, 19 al 23 de septiembre de 1994, La Plata. EN: Actas del XIII Simposio Nacional de Estudios Clásicos. a Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro de Estudios Latinos. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.7065/ev.7065.pdf*

Información adicional en www.memoria.fahce.unlp.edu.ar



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

LA CIUDAD EN OVIDIO

Marta Elena Caballero de Díaz
Universidad Nacional de Córdoba

La elegía liminar de *Tristia I* está dirigida por Ovidio al libro que ha escrito en el exilio y que ha de ser necesariamente su emisario en Roma, porque a él, el poeta, la *Vrbs* le está prohibida¹. A partir de allí, inicia un viaje incesante a Roma. Un viaje imaginario que durará tanto como su exilio. Esto es decir -aunque el poeta no lo sabe- tanto como el tiempo que le resta vivir.

Relacionando las imágenes ilusorias de las obras del exilio con las imágenes reales de las obras del amor, cuando el poeta vivía feliz en Roma, vamos a observar el sentimiento ovidiano en uno y otro caso, para aproximarnos después a su concepción de civilización y ciudad y a una eventual evolución de la misma.

En *Ars I*, Ovidio describe con imágenes variadas y nítidas, y con precisa psicología, los espacios y tiempos de la ciudad; los pórticos (I, 67-74), los templos y ritos extranjeros (I,75-78), los foros (I,79-88), los teatros (I,89-134), el circo (I,135-170), la naumaquia y su muchedumbre -*ingens orbis in Vrbe*- (I,171-228), los banquetes (I,229-244), y, por último, los lugares de veraneo (I,245-262).

A esta Roma que ama vuelve Ovidio constantemente, no ya con el sentimiento de la orgullosa posesión, sino con el anhelo de su *mens*, como dice en *Tristia* (IV,II,57): *qua possum mente*, y en *Ex Ponto* (I,VIII,34): *cuncta mens oculis perui-det usa suis. Usando sus ojos, mi mente observa todo*. Son en primer término los altos lugares de la *Vrbs* los que despiertan su recuerdo. Tal vez en ningún momento con más fuerza que en la tercera elegía de *Tristia I*: *Cum subit illius tristissima noctis imago...*

Cuando acude a mi mente la tristesima imagen de la noche en la que viví el pos-tremo instante en la ciudad, cuando traigo a mi memoria la noche en la que dejé tantos seres queridos, se desliza de mis ojos, también ahora, el llanto. (I,III,1-4)²

La memoria afectiva se hace visual para Roma, para su mujer, para sus amigos. Se siente todo el orgullo del ciudadano romano cuando en la quinta elegía se compara a sí mismo con Ulises:

No hay para mí una tierra de Duliquio o de Itaca o de Samos, sino una que desde siete montes observa todo el orbe, Roma, ámbito del Imperio y de los dioses (I,V,67ss).

1- Sobre la oposición Roma-Tomis, V. Videau-Delibes Anne, *Les Tristes d'Ovide et l'élegie romaine*, Klincksieck, Paris, 1991. Cap.II.

2- En la traducción de los textos latinos me he ajustado al original tratando de respetar las recurrencias, los recursos e incluso -cuando conserva su valor en castellano- el orden de los vocablos.

En la elegía liminar de *Tristia III*, *uariatio* de la liminar de *Tristia I*, encontramos un itinerario romano cuya precisión ha llamado la atención de los arqueólogos³. El libro de Ovidio contempla los foros de los Césares, la Via Sacra, el templo de Vesta, el palacio de Augusto... En *Ex Ponto I* (VIII,33ss.), es el poeta mismo quien los contempla, con los ojos del alma: *Nunc fora, nunc sedes, nunc marmore tecta theatra, / nunc subit aequata porticus omnis humo*. Las imágenes reales de *Ars* resurgen pues en uno y otro libro del exilio en imágenes ilusorias, tal vez menos grandiosas, pero más emotivas, con la emoción que acrecienta la distancia. En estas imágenes, Ovidio establece netamente la diferencia entre la duración real y la psicológica⁴.

Es necesario hacer aquí algunas consideraciones sobre el sentido que alcanza para el romano el límite espacial. Para el romano, el límite condiciona la ciudad. Si no se reconoce un límite, no puede haber ni *urbs* ni *ciuitas*. Esto se explica por la diferencia que existe entre el racionalismo griego y el racionalismo latino.

Para los griegos, desde Platón y Aristóteles, como para los romanos, según la expresión virgiliana *rerum cognoscere causas*, conocer significa «conocer a través de la causa». No obstante, como señala Umberto Eco⁵ hay una diferencia de *modus*:

El racionalismo latino acepta los principios del racionalismo griego, pero los transforma y enriquece en sentido jurídico y contractual. La norma lógica es modus, pero el modus es también límite, y por tanto frontera.

Más adelante expresa que el mundo griego está continuamente atraído por el *apeiron*, es decir «el infinito». Roma, desde su fundación -desde que Rómulo traza un límite y mata a su hermano porque no lo respeta-, se obsesiona por el contrario con el límite espacial. La ideología de la *pax* de Augusto se basa sobre la precisión de las fronteras. Dice Eco:

Cuando no se tenga ya una clara noción de los confines, cuando los bárbaros hayan impuesto su visión nomádica, Roma estará acabada y la capital del imperio podrá estar en cualquier lugar.

Frente a este concepto del límite, la situación del exiliado de Roma adquiere un sentido muy particular y su sentimiento de la *urbs* una fuerza muy grande. Es inconmensurable, según palabras del poeta, la felicidad del que puede gozar de una ciudad no prohibida: *O quater, o quotiens non est numerare, beatum, / non interdicta cui licet urbi frui* (Tr. III, XII, 25s.). De hecho, para los antiguos romanos el exilio no traspasaba jamás los límites del Tíbur. Así lo expresa Ovidio en su *Ex Ponto* (I, III, 49ss 81 ss.), aludiendo a un derecho que se fundaba en la historia y la tradición de Roma y de Grecia. Para Ovidio, ciudadano por antonomasia, insigne *urbanus*, aferrado a la interioridad del círculo que encerraba la *urbs*, esa transposición del *limen*, ese confinamiento en el «límite extremo del mundo», abre un espacio decisivo en su vida.

3- V. G. Lugli, *Commento topografico all'elegia I del III libro de Tristia*, en *Atti del Convegno internazionale ovidiano II*, Roma, 1959. Citado por Simone Viarre, *Ovide Essai de lecture poétique*, Paris, Les Belles Lettres, 1976, p. g.5 y por Anne Videau-Delibes, op.cit. p. g. 156.

4- Es un procedimiento análogo al que emplea Virgilio en *Aen.* VI (756-853), o en la descripción del escudo de Eneas en *Aen.* VIII (626-731), haciendo del pasado narrado un futuro profetizado.

5- Eco Umberto, *I limiti dell'interpretazione*, Ed. Fabbri, Milán, 1990, trad. esp. *Los límites de la interpretación*, Lumen, Barcelona 1992, 2.1.1. El modus.

En este marco, ¿qué significó para Ovidio el destierro, o más propiamente la relegatio?⁶ ¿Qué consecuencia tuvo, en cuanto conculcación del límite, en lo que respecta a su concepción de civilización y de ciudad? ¿Significó un giro interior que determinara un cambio entre el poeta del amor y el del exilio?

En *Ars Amandi*, los principios fundamentales para la concepción de la ciudad y las condiciones ineludibles para construir una civilización, son formulados por el poeta a partir de la palabra vertebradora: *ars*. Así como el amor, y a partir de él, también la ciudad exige *ars*, es decir «técnica, elaboración».

Con anterioridad al rapto de las Sabinas no había *ars* en Roma. Era el elemento que faltaba a los hombres primitivos en su rudimentaria colectividad. No había entre ellos arte ni ley⁷.

No podemos detenernos ahora en la narración de Ovidio, con sus bellas comparaciones y su agudo sentido del movimiento de conjunto. Lo cierto es que el hombre, que hasta entonces erraba como privado de alma, sólo rudeza de cuerpo, se une a la mujer en el amor. Y que fue el deseo amoroso, *blanda uoluptas* (*Ars* II 476), el que hizo que se suavizaran aquellos ánimos rudos. El amor, en ese sentido específico, es la raíz del orden universal. Es el comienzo del orden y del armonioso desarrollo del mundo. Es el fundamento de la cultura. Y, más puntualmente, en el caso individual de Roma, es el comienzo y la creación de la ciudad.

De esta manera quedan establecidos en *Ars* dos principios sustentadores de la civilización y la ciudad:

-EL AMOR en cuanto fundamento de la vida comunitaria ordenada.

-EL ARTE, que se aparta de la rudimentaria simplicidad para escalar la cima de la civilización y la cultura.

Ovidio, por consiguiente, considera en *Ars* la primitiva simplicidad de Roma, tan añorada por otros poetas, como una época de mera rudeza derrotada por los bienes, tanto espirituales como materiales, que aporta una cultura en su plenitud. La superioridad del presente frente al pasado es para él una conquista irrefutable. *Simplicitas rudis ante fuit; nunc aurea Roma est*, es la proclama de III,113. La antítesis es *ante simplicitas* frente a *nunc Roma aurea*. Antes la Curia era de paja. Ahora es el solemne recinto de las asambleas (III,117s). Antes el Palatino era un pastizal desierto. Ahora se yerguen en él brillantes edificios (III,119s). En algunos aspectos, como en el que hace a un mayor aprecio de la poesía, el mundo antiguo podría aparecer superior (III,411). Pero Ovidio opta sin reservas por el tiempo que le tocó vivir: *Que otros se complazcan en el pasado; yo me felicito de haber venido al mundo recién ahora; este siglo conviene a mis costumbres* (III,121 ss.).

Estas declaraciones parecen a primera vista una antítesis formal de los *alii...e-go* horacianos. Pero a continuación (III,123ss) Ovidio aclara que esto no es así

6- En reiteradas oportunidades el mismo Ovidio señala que el castigo impuesto por Augusto no hacía de él un *exul* sino un *relegatus*. V. *Tristia* IV,4,45ss; IV,9,10ss; V,2,55-62; V,11,15-22. Según nos dice Ovidio, él es *relegatus* y no *exul* porque no ha perdido sus bienes ni sus derechos ni su nombre de ciudadano. *Carecer de mi patria es mi sola pena*.

7- *Ars* I,101-130. En la referencia puntual de este pasaje, no había *ars* en el teatro, cuyo fondo de escena no era otro que las frondas del boscoso Palatino, puestas *sine arte* (v.106), y hasta los aplausos carecían de arte, *arte carebant* (v.113).

por el oro que se extrae de la tierra, ni por el mármol de los montes, ni por las moles, es decir los muelles⁸ que ponen en retirada las azules aguas, sino porque hay cultura: *sed quia cultus adest* (III,127)⁹. Por otra parte en *Tristia*, la cuarta elegía del Libro III es un canto a la vida modesta que nos recuerda, por su idea y por sus imágenes, las expresiones de la *aurea mediocritas* horaciana: *Bajando la antena la nave esquivo las tempestades de invierno, las velas amplias temen más que las pequeñas y la corteza leve*, a diferencia de la pesada, se sostiene sin hundirse en lo *alto de la ola* (III,IV,9-12)¹⁰. Este sentimiento está muy ligado al tema de la pérdida de la ciudad. De haber respondido a él, tal vez aún viviría en Roma, *in qua debebam forsitan urbe forem* (III,IV,14).

Volviendo a *Ars*, los versos siguientes detallan la medida del *cultus* en otros aspectos. La poesía (*Ars* III, 329-348), la danza y los juegos (*Ars* III,349-380), son esenciales en él. También la expresión del rostro. *Pertinet ad faciem rabidos conpescere mores* (*Ars* III,501). Aquí Ovidio nos da el perfil del hombre clásico, que debe dominar sus pasiones, impedir que se exterioricen. Para Ovidio, esto es una forma de *ars*, ya que él entiende por *ars*, como hemos visto, la elaboración, la técnica, la superación por la aplicación y el estudio. Este dominio, que tal vez, aunque en otro sentido, no pudo conservar en sus horas «tristes», es fundamental, en la formulación de *Ars Amandi*, en lo que hace al perfil del ciudadano y de la ciudad.

Sin apartarse de las lecciones de *Ars*, Ovidio procurará no obstante en *Remedia amoris* evitar los daños y el sufrimiento provocados por la pasión desgraciada. Una forma de ahuyentar esta pasión negativa es apaciguar los ánimos con los trabajos del campo, porque también los campos y el gusto de cultivar deleitan los ánimos y cualquier cuidado puede ceder a este cuidado (*Rem.Am.*169s)¹¹ Ovidio se detiene con deleite en su descripción:

Manda a los domados toros poner su cerviz bajo la carga, para que el corvo arado hienda el suelo duro; cubre con la tierra removida las semillas de Ceres, que el campo te devuelve con usura; mira las ramas, tan curvadas por el peso de las frutas que apenas resiste el árbol la carga que produjo; mira resbalar los arroyos con gozoso murmullo; mira las ovejas cortar la hierba fértil.

Esta aproximación al campo, que asoma ya, aunque circunstancialmente, en los poemas del tiempo feliz, se hace permanente en su ánimo en los poemas del exilio. No se trata, en realidad, de un abandono de las opciones y conceptos expresados en *Ars*. El cambio, según entiendo, se parece más bien a una resignación que, gestándose gradualmente en su ánimo, le hace descubrir las bondades de la vida campestre como lo único que le permite su impuesta soledad. El presente que vivió en Roma sigue siendo para él muy superior al tiempo que le precedió, es decir a la *simplicitas* por tantos añorada. Pero su presente real, el de To-

8- Cf. Hor. *Od.* III,1,33ss.

9- Cf. *Ars* I, 587ss. (moderación en la bebida); *Ars* III, 129ss. (moderación en la indumentaria).

10- Cf. Hor. *Od.* II,10.

11- El *homo urbanus* vuelve en tal circunstancia su mirada al campo, pero de ninguna manera a la soledad, pues el que desea curarse del amor debe evitarla. La turba le dará mayores oportunidades de curación. Cfr. *Rem.Am.* v.582. Sobre la multitud - turba por lo general- y su función en el universo ovidiano, v. Viarre, op.cit., Cap.II.

mis, lo excluye de manera indefectible. Mientras la valoración de la *urbs*, tal como la encontramos en *Ars*, se acrecienta en su recuerdo, y él vuelve a poseerla una y otra vez con la fuerza de su imaginación, su posibilidad concreta de evasión y de vida es tener al menos, y fuera de sus límites o de su *modus*, una tierra para cultivar. El destierro le impone el retorno a la *simplicitas*; *De tal manera me ha sido arrebatado el placer de la ciudad, que pueda al menos disfrutar en cualquier campiña* (*Ex Pont.* I, VII, 39ss.). Y continúa afirmando que su ánimo no desea los perdidos campos, ni los huertos situados en las colinas cubiertas de pinos que mira la vía Clodia unida a la Flaminia. Pero es su anhelo reemplazar lo que ha perdido. Querría apacentar él mismo las cabras que penden del risco, él mismo las ovejas, guiar él mismo los bueyes bajo el yugo, él mismo esparcir el grano en la tierra removida y extirpar con el azadón las hierbas, y regar el huerto sedientito¹². El anhelo se refuerza con la anáfora, *Ipse ego*. (v.51, 52, 53, 57). «YO MISMO». Robert Schilling lo entiende como un giro interior que lleva al poeta a desprenderse de los bienes terrestres para descubrir que la única riqueza reside en los recursos espirituales¹³. Y cita a Ovidio:

Todo lo que poseemos es efímero, salvo los bienes del corazón y del espíritu. Así yo, que estoy privado de mi patria, de vosotros, de mi casa...encuentro todavía mi saciedad y mi alegría en el espíritu. César no ha podido reivindicar ningún derecho sobre él (Tr.III,VII,43).

Así pues, según Schilling, el observador atento puede constatar la lenta metamorfosis que se opera en el espíritu del exiliado, el hombre que hasta ese momento no había salido jamás del refinado círculo de los *urbani* de la ciudad por excelencia, la *Vrbs*.

Sin embargo, ya en *Ars*, en diversas oportunidades, encontramos pensamientos similares. En el libro II, por ejemplo, expresa que el ánimo es el único bien que puede durar hasta la muerte. El hombre sólo puede ser valiosamente duradero si construye su alma. Y el instrumento para lograrlo es el «arte». (*Ars* II, 121ss). En *Remedia amoris* (v.231s.) dice el poeta: *Para estar bien de ánimo, ¿te negarás a soportar algo? Pues él tiene mayor precio que el cuerpo*. Por consiguiente, más que una metamorfosis del poeta, habría en los poemas del exilio una revalorización de conceptos que ya antes son expresados en *Ars*, pero en un contexto de frivolidad que hacían sus palabras más literarias que existenciales.

En conclusión, entiendo que Ovidio, en cuanto *homo urbanus*, conserva su perfil esencial a lo largo de los años que transcurren desde los poemas del amor a los del exilio. Los principios sustentadores de la civilización y la ciudad establecidos en *Ars*, es decir, según dijimos, «el amor, en cuanto fundamento de la vida comunitaria ordenada, y el arte, que se aparta de la rudimentaria simplicidad para escalar la cima de la civilización y la cultura», no cambian para él, aunque el destierro le impone soñar, sólo como sustitución y consuelo, con la *simplicitas* y los trabajos del campo. La valoración de los bienes espirituales, del *cultus* y de la *aurea mediocritas* en la definición del *homo urbanus*, y el desprendi-

12- Nótese la estrecha relación, tanto en la idea como en los términos, con el contexto de *Remedia amoris* antes citado.

13- Schilling Robert, *Ovide et sa muse ou les leçons d'un exil*, T.L.,1972, pp.205-211.

miento de los bienes terrenales, son formulados tanto en los poemas del amor como en los del exilio, y no podemos asegurar hasta qué punto esta formulación es en los unos un artificio literario y en los otros una actitud de vida permanente y no forzada por las circunstancias. *La urbis uoluptas*, es decir el amor a la ciudad y el gozo que la ciudad le transmite, es la misma, ahondada obviamente por la obsesiva intensidad que le comunican el aislamiento y la distancia.

El pasado es para Ovidio la ciudad. Y si dejamos de lado el sueño de sobrevivir por la gloria, el devenir de Ovidio y su esperanza de futuro es la ciudad, Roma¹⁴

14- Sobre la obsesión ovidiana del tiempo ligada a la del futuro, v. Viarre, op.cit. Cap.V.